

EL ESCÁNDALO  
DEL CRISTIANISMO

**EDITORIAL CLIE**  
C/ Ferrocarril, 8  
08232 VILADECAVALLS  
(Barcelona) ESPAÑA  
E-mail: [clie@clie.es](mailto:clie@clie.es)  
<http://www.clie.es>



© 2020 por Arturo Iván Rojas

*«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 917 021 970 / 932 720 447)».*

© 2020 por Editorial CLIE. Todos los derechos reservados.

---

**El escándalo del cristianismo**

ISBN: 978-84-18204-46-3  
Depósito legal: B 5122-2022

Teología cristiana  
Apologetica

---

Impreso en Estados Unidos de América / *Printed in USA*

# Tabla de contenido

Prólogo (Eliseo Vila)	7
Prefacio	13
Introducción: las cuatro “S”	15

## *Primera parte*

1. El escándalo del mundo	21
2. El escándalo del cristiano	27
3. El escándalo de la iglesia	35
4. La fe de carbonero	43
5. El pentecostalismo	51
6. Magia y superstición	59
7. Las megaiglesias	67
8. Casas de oración o cuevas de ladrones	75
9. Sola gracia y sola fe	83
10. Plagios, parcialidades e indolencias	91
11. Respondiendo por nuestros actos	99
12. ¿Integridad o impecabilidad?	107
13. El ceño fruncido y la cara adusta	115
14. ¿Libertad o libertinaje?	123
15. Sectarismo y herejía	131
16. Lo sagrado y lo profano	139
17. Los labios incendiarios	147

18. El mosquito, el camello y el cocodrilo	155
19. Sirviendo a Mammón	163
20. Los extremos que se tocan	171
21. ¿Cristianismo politizado o política cristianizada?	179
22. La comunión de los santos	187

## *Segunda parte*

23. El escándalo del cristianismo	197
24. El pensamiento políticamente correcto	205
25. La teología liberal	213
26. Materialismo y naturalismo	221
27. La religión de la ciencia	229
28. Las paradojas del evangelio	237
29. La paradoja de Epicuro	245
30. El humanismo ateo	253
31. La fe a mi manera	261
32. Dios sí es soberano	269
33. Libertad o responsabilidad	277
34. Igualdad o justicia	285
35. Las teorías de conspiración	293
36. Encuentros cercanos del tercer tipo	301
37. La locura de la cruz	309

**EL ESCÁNDALO DEL CRISTIANISMO**

**Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios**

## Prólogo

El cristianismo atraviesa una conmoción de tal virulencia que para encontrar precedentes tendríamos que remontarnos a la Reforma del siglo XVI y consiguientes guerras fratricidas que se desencadenaron a continuación. Un movimiento sísmico de proporciones gigantescas que se viene gestando desde comienzos del siglo XX, provocado por el choque inevitable entre dos placas tectónicas de pensamiento que el autor describe como: la *progresista*, pretendiendo llevar a cabo el insostenible malabarismo de retener el equilibrio social heredado del cristianismo, al tiempo que cuestiona los fundamentos y bases doctrinales de los que este equilibrio surgió; y la *conservadora*, aferrada a una literalidad bíblica y consecuente legalismo etiquetado como “sana doctrina”, pero igual de insostenible, no sólo por su enfrentamiento a los avances de la cultura y ciencia, sino por el radicalismo intolerante y agresivo con que sus defensores arremeten contra todos aquellos que piensan distinto, y que hace a la Iglesia, como colectivo, reo de no practicar aquello que predica.

Un seísmo de consecuencias catastróficas que luce inevitable, a menos que el liderazgo cristiano del siglo XXI se muestre capaz de hacer suya una paráfrasis de la famosa plegaria de la serenidad de Reinhold Niebuhr [1892-1971]: “*Señor, concédeme serenidad para aceptar todo aquello que no puedo cambiar, fortaleza para cambiar lo que soy capaz de cambiar y sabiduría para entender la diferencia*”, y exclamar: «Señor, con absoluta fidelidad a tu Palabra, dame la visión y coraje necesarios para cambiar aquello que se puede y se debe cambiar; capacidad para argumentar aquello que no se puede cambiar; y sabiduría para discernir la diferencia».

Este es el esquema que sigue Arturo Rojas en el presente libro: comienza por analizar un amplio catálogo de posicionamientos radicalistas y conductas escandalosas en el seno de la Iglesia, motivo de que muchos no se acerquen y otros tantos se alejen de ella; se adentra a continuación en una defensa eficaz de las bases fundamentales de nuestra fe; y concluye planteando la locura/sabiduría de la Cruz, citando las palabras del poeta alemán Heinrich Heine [1797-1856]: «*La verdadera locura quizá no sea otra cosa que la sabiduría misma que, cansada de descubrir las vergüenzas del mundo, ha tomado la inteligente resolución de volverse loca*». El bosquejo claro: autocrítica, apologética, y fe; o dicho en otras palabras: cambiar aquello que debemos cambiar; argumentar aquello que no podemos cambiar; y fe en la sabiduría de lo Alto para discernir la diferencia.

En la primera parte, *autocrítica*, tras una breve introducción en la que pone de relieve lo que Paul Tillich [1886-1965] describe como la «*nefasta ambigüedad y ambivalencia del ser humano*», denuncia con valentía comportamientos en el seno de la Iglesia que son escándalo evidente para la sociedad secular, y que por tanto urge revisar. Pocos se quedan en el tintero: divisiones, enfrentamientos, simonías, dobles raseros, hipocresías, rencores, murmuraciones, calumnias, difamaciones y acosos; abusos sexuales encubiertos de todo de todo tipo y pelaje; taumaturgia, comportamientos supersticiosos y utilitaristas que en lugar de someterse a la voluntad de Dios pretenden, Biblia en mano y promesa en boca, hacer de la divinidad un lacayo a nuestras órdenes; insolidaridad social, centrándose en salvar almas pasando por alto las necesidades de los cuerpos; falta de integridad, evasión, hurtos, plagios, parcialidades e indolencias; sectarismo e intolerancia intransigente hacia los que no piensan exactamente como nosotros; y activismos políticos radicalistas que no dudan en sacrificar la verdad y la justicia a grandes intereses económicos a cambio de una hipotética defensa de ciertos posicionamientos éticos.

Y por supuesto, los consabidos legalismos, extremismos y literalidades inconsecuentes y contrarias a las enseñanzas de Cristo. Unos liderados por una casta de iluminados, autoproclamados “apóstoles” contemporáneos, que surgen en el seno de las iglesias tradicionales para hacer tolda aparte, y aprovechando la buena fe de muchos y el atractivo de la falsa teología de la prosperidad, convertirse en mega-iglesias supuestamente

cristianas que ante el mundo no merecen otro calificativo que el de “sectas evangélicas”. Otros, de pretendida “sana doctrina”, aferrados a un biblicismo radical, obsesionados en dar un salto acrobático por encima de la historia de la Iglesia y entroncar directamente con los apóstoles, olvidando que como tan acertadamente advertía Paul Tillich [1886-1965]: «*el biblicismo radical es una actitud en la que uno se engaña a sí mismo; pues nadie es capaz de dar un salto sobre dos mil años de historia y hacerse contemporáneo de los escritores del Nuevo Testamento, salvo en el sentido existencial de aceptar a Jesús como el Cristo*». Y otros, que asidos a la mal llamada “fe del carbonero”, se empeñan en hacer de la Biblia un libro de ciencia, algo que nunca ha pretendido ser, y rechazan sistemáticamente el conocimiento y avance científico, atrincherados en la cueva que el teólogo Edward John Carnell [1919-1967] describe como «*la santa ignorancia o ridículo piadoso*»; y provocando con ello que las nuevas generaciones de jóvenes abandonen las iglesias tan pronto pisan el instituto o la universidad. Pasan por alto que hombres con una fidelidad a la Palabra tan incuestionable como la de Charles Haddon Spurgeon [1834-1892] anticipando ya este conflicto a mitad del siglo XIX, no dudaron en advertir: «*que ningún hombre trate de alegar un falso concepto de que la ciencia y la teología son incompatibles y no pueden caminar de la mano una de la otra*», pues no es así, antes todo lo contrario, sólo hace falta dar a la ciencia lo que es de la ciencia y a Dios lo que es de Dios.

En la segunda parte, *apologética*, sale a relucir en toda su tersura el alma de apologista del autor. La abre con un análisis de la naturaleza y atributos de Dios, enfatizando su justicia a la vez que su misericordia. Y con este telón de fondo van desfilando, una tras otra, numerosas actitudes y postulados de nuestra sociedad postmoderna incompatibles con las verdades fundamentales de la fe, y por tanto, escándalo para el cristianismo, que no puede transigir con ellos en modo alguno. Comenzando con la idea lo políticamente correcto, que no deja de ser una forma de connivencia con el escepticismo, prosigue con el liberalismo y la desmitificación de las Escrituras, el materialismo, cientificismo, humanismo ateo y las paradojas que derivan del problema del mal; para seguir con el problema de la igualdad y la injusticia, la responsabilidad humana, y las teorías conspiratorias. Concluye con una exposición del misterio de la fe centrado en la “locura de la Cruz”, que describe citando palabras del Dr. Antonio Cruz Suárez [1952], como: «*el gran escándalo*

*del cristianismo: la locura de la omnipotencia de Dios en la impotencia amorosa de la Cruz».*

Un manual completo de autocrítica y apologética cristiana para el siglo XXI. Recuerdo cuando en mi juventud, cursando estudios de ciencias económicas, me explicaron que el axioma clave del éxito empresarial consiste en disponer del producto o servicio que se necesita en el lugar adecuado, en el momento oportuno. El escándalo del cristianismo cumple con creces estos tres requisitos: es el libro que el pueblo cristiano necesita: autocrítica y apologética razonada; en el lugar adecuado donde más se necesita: el pueblo cristiano de habla hispana; y en el momento oportuno en que más se necesita: cuando enfrentamientos fratricidas entre progresistas y conservadores amenazan con dividir el protestantismo evangélico haciéndolo estallar en mil pedazos.

Quiera Dios bendecir abundantemente esta bien escrita y acertada exposición en su propósito de ayudar a muchos a descubrir lo que debemos cambiar, a argumentar aquello que no podemos cambiar, y a discernir la diferencia con mansedumbre y tolerancia, recordando las palabras del Maestro: *“el que no es contra nosotros, por nosotros es”* (Marcos 9:40).

Eliseo Vila Vila

Presidente de Editorial CLIE.

Ciudad de México, Julio 2020.

# 1.

## El escándalo del mundo

*“Sabén bien que, según el justo decreto de Dios, quienes practican tales cosas merecen la muerte; sin embargo, no sólo siguen practicándolas, sino que incluso aprueban a quienes las practican”*

Romanos 1:32

Antes de emprender la anunciada autocrítica en la que tendré que hacer las veces de la parte acusadora, brindando eco a un buen número de los señalamientos que el mundo le endosa al cristianismo, pero que en realidad son señalamientos dirigidos a la iglesia; es oportuno ejercer una crítica hacia el mundo en general, pues éste no es ajeno a ninguna de las acusaciones que le dirige al cristianismo. En realidad, la razón de esas críticas es que el mundo sabe que los creyentes tienen una responsabilidad moral mucho mayor que quienes no lo son, en razón de la conducta que el cristianismo demanda y espera de quienes lo profesan. Y debido a ello le exige a la iglesia mucho más de lo que se exige a sí mismo. Así, el mundo no tiene ningún reparo en señalar la paja en el ojo de la iglesia, al tiempo que le tiene sin cuidado la viga que hay en su propio ojo y a la que hace puntual referencia la descripción bíblica que abre este capítulo. Pero debemos mirar un poco esta viga.

Porque al margen de que seamos o no cristianos, si somos honestos y sin perjuicio de las diferencias entre ambos grupos, la condición humana en general es escandalosa, en el actual estado de nuestra existencia. Estado que es el mismo que venimos compartiendo todos los seres

humanos en este planeta a lo largo de toda su historia, por lo cual más allá de los matices que pueda haber y del carácter más o menos escandaloso que podamos ostentar a través de las diferentes épocas, lo cierto es que la historia de la humanidad es en buena parte una escandalosa “fe de erratas”, una relación de errores y equivocaciones, una lista de despropósitos mezclados de manera inseparable y paradójica con los actos más inspiradores y las mayores alturas del espíritu humano.

Y esto debido a que la personalidad de cada uno de nosotros está dividida y desgarrada, a semejanza del protagonista de la famosa obra de Robert Louis Stevenson: *El Dr. Jeckill y Mr. Hide*. Es por eso que al mismo tiempo que albergamos en nuestro interior el potencial para los más sublimes actos de grandeza, poseemos a su vez la capacidad para los actos más bajos, groseros y vergonzosos. Grandeza y bajeza, gloria y miseria, se conjugan y entremezclan indistintamente en todos y cada uno de nosotros. Y no existe mejor explicación para este estado de cosas que la doctrina cristiana del pecado original que sostiene que desde la trágica desobediencia de nuestros primeros padres, Adán y Eva, la característica fundamental del género humano, utilizando un término propio del teólogo Paul Tillich, es la ambigüedad. Una dolorosa, nefasta y trágica ambigüedad y ambivalencia.

Muchos se han referido a esto, como lo hace por ejemplo, una vez más, Darío Silva-Silva al señalar que: *“La siquis humana es por naturaleza ambivalente. Hay una como dualidad congénita, que nos lleva a la duda, a la vacilación, a nadar a dos aguas. El corazón es un péndulo oscilante entre dos opciones, en vez de una brújula orientada al norte. Es el to be or not to be de Hamlet, nada más y nada menos que el dilema de la humanidad caída. Este cunçi-cunça hace parte del complejo desorden interior que se derivó del vuelco producido por el pecado. El gran poeta Montaigne (...) compuso un verso conmovedor: ‘El hombre es cosa vana, variable y ondeante’ (...) Bíblicamente se define a esta incertidumbre de muchas maneras: vacilar entre dos pensamientos, tener el corazón dividido, ser de doble ánimo”*. Y lamentablemente y por lo pronto, ni siquiera la conversión a Cristo nos libra del todo de esta situación.

Recordemos al apóstol Simón Pedro, acertando de lleno y siendo en un primer momento objeto de una honrosa bienaventuranza por parte del Señor Jesucristo por haberle respondido con resuelta convicción que Él era, en efecto, el mesías, el Hijo del Dios vivo: *“–Dichoso tú, Simón, hijo*

*de Jonás –le dijo Jesús–, porque eso no te lo reveló ningún mortal, sino mi Padre que está en el cielo”* (Mateo 16:17); sólo para ser reprendido severamente al poco rato por el mismo Cristo por haberse convertido en un vocero de Satanás: *“Jesús se volvió y le dijo a Pedro: –¡Aléjate de mí, Satanás! Quieres hacerme tropezar; no piensas en las cosas de Dios, sino en las de los hombres”* (Mateo 16:23). El mismo Pedro que proclamó valientemente estar dispuesto a dar la vida por su Señor para, instantes después, negarlo de la manera más cobarde y rastrera, o luego incluso de Pentecostés, –experiencia que dotó a la iglesia con el poder del Espíritu Santo–, seguirse mostrando vergonzosamente vacilante en lo que tiene que ver con el status y el trato que los gentiles o paganos deberían recibir en la iglesia, como lo atestigua el apóstol Pablo: *“Pues bien, cuando Pedro fue a Antioquía, le eché en cara su comportamiento condenable. Antes que llegaran algunos de parte de Jacobo, Pedro solía comer con los gentiles. Pero, cuando aquellos llegaron, comenzó a retraerse y a separarse de los gentiles por temor a los partidarios de la circuncisión”* (Gálatas 2:11-12).

El punto es que, incluso después de la conversión, pero sobre todo antes, todos somos como Pedro. Tropezamos y caemos, hacemos tropezar y caer a otros, ofendemos, escandalizamos. El apóstol Pablo dejó magistral constancia de lo anterior en el conocido pasaje de Romanos 7:14-24. Los seres humanos somos, pues, como cañas que se elevan de manera altiva, orgullosa, presuntuosa y efímera contra el viento; sólo para quebrarnos momentos después e inclinarnos de nuevo al suelo, desarraigados, mordiendo otra vez el polvo de nuestra escandalosa condición. Pascal se refirió con gran lucidez a nuestra miseria y nuestra gloria, nuestra insignificancia y nuestra grandeza simultáneas recurriendo, justamente, a la figura de la caña, declarando entre otras cosas: *“El hombre no es más que una caña, la más débil de la naturaleza; pero es una caña que piensa”*. Pero su mejor descripción de la condición escandalosa de la humanidad es tal vez la siguiente: *“¿Qué quimera es, pues, el hombre? ¿Qué novedad, qué monstruo, qué caos, qué motivo de contradicción, qué prodigio! ¡Juez de todas las cosas, imbécil gusano de la tierra, depositario de la verdad, cloaca de incertidumbre y de error, gloria y oprobio del Universo!”*.

La paradoja humana que hace más escandaloso este cuadro es que ninguno de estos dos aspectos, grandeza o miseria, gloria o tragedia, puede ser tratado a la ligera. Porque como resultado de haber sido creados

a la imagen y semejanza del propio Dios, poseemos una grandeza, una gloria, una dignidad inherente y única y debido a ello la persona humana contiene lo mejor y más sublime del universo. Pero al mismo tiempo, por efecto de la caída en pecado de nuestros primeros padres, nos hallamos desde entonces sumidos y lidiando a diario con nuestro egoísmo, miserias y vergonzosas bajezas, de tal modo que en cada uno de nosotros reside también lo peor del universo. Lo esperanzador es que, a pesar de todo esto, Dios nunca ha considerado al hombre como un caso perdido. Porque los estragos del pecado no han podido echar a perder del todo la buena creación de Dios, culminada magistralmente con la creación del hombre. Dios no desecha lo que se ha estropeado y echado a perder, sino que lo restaura y lo redime, al costo de la vida de su Hijo. La redención no puede, pues, entenderse sino teniendo conciencia de que estábamos destinados para la gloria por efecto de la creación, pero ahora somos víctimas de una corrupción endémica por efecto de la caída.

Si queremos comprender nuestra condición humana no podemos, pues, identificarnos tan sólo con Adán antes de la caída, o con Adán después de la caída; sino con Adán antes y también después de la caída. Todos somos solidarios para bien y para mal en ambos eventos. Pero las filosofías e ideologías humanas se equivocan al hacer énfasis en uno sólo de estos polos en detrimento del otro. Los idealismos son ingenuos, entonces, pues resaltan lo mejor y más sublime de nuestra condición, al tiempo que menosprecian los estragos que el pecado nos ha infligido y los conflictos concretos que por su causa tenemos que afrontar a diario. Y el humanismo ateo es uno más de estos idealismos cándidamente optimistas, utópicos y desbordados. A todas estas corrientes de pensamiento les sucede lo que al apóstol Pablo cuando se resistía al cristianismo. Terminan dándose “... *cabezazos contra la pared*” (Hechos 26:14), o estrellándose contra la compleja y escandalosa realidad de la condición humana.

Pero también los materialismos escépticos son cínicamente pesimistas al reducir al hombre a meras variables cuantitativas, a números, a simple materia orgánica organizada por un azar evolutivo, negándole toda trascendencia. Y aquí cae también el vitalismo nihilista y el existencialismo infructuosamente heroico de ateos como Nietzsche, Heidegger y Sartre, pues si venimos de la nada y vamos a la nada, ¿qué sentido tiene nuestra vida hoy? Lo interesante es que la Biblia es realista e incluye y sintetiza ambas visiones: la idealista y la materialista, pues no toma a la ligera el pecado humano y el drama en el que nos sumerge, pero lo hace

precisamente teniendo como trasfondo nuestra dignidad humana esencial en la medida en que sigue reflejando la gloria divina. Ya lo dijo Pascal de nuevo: *“Es miserable saberse miserable, pero es ser grande el reconocer que se es miserable”*. Ese es el escándalo y la paradójica situación del mundo. Y es a la luz de todo esto que podemos entender por qué la Biblia sigue siendo de palpitante actualidad y conserva hoy por hoy toda su vigencia; pues, aun cuando la cultura, la ciencia, el medio ambiente y las circunstancias puedan cambiar como de hecho lo hacen; el corazón del hombre es el mismo desde los tiempos del Génesis, como ésta escrito: *“Y el SEÑOR vio que era mucha la maldad de los hombres en la tierra, y que toda intención de los pensamientos de su corazón era sólo hacer siempre el mal”* (Génesis 6:5 LBLA)

Por esta razón Billy Graham sostenía que: *“La teología nunca cambia. El corazón humano es siempre el mismo... Los mismos pecados y los mismos problemas que se afrontaban en Egipto, los afrontamos hoy”*. En condiciones ideales en el corazón humano residen en potencia lo mejor y lo peor del hombre; pero lamentablemente, después de la caída en pecado de nuestros primeros padres las intenciones e inclinaciones que prevalecen en él *“son perversas desde su juventud”* (Génesis 8:21). Dicho de otro modo, a partir de la caída estamos corrompidos de raíz, a pesar de todas las apariencias en contra y los siempre precarios esfuerzos con los que intentamos en la superficie honrar nuestra conciencia moral que nos dice lo que es correcto, pero que no nos da el poder para hacerlo. Al final, por mucho que nos esforcemos en comportarnos de manera justa y civilizada en el contexto de la cultura humana de la que formamos parte, si somos honestos, en el fondo siempre sabemos que todo esto no es más que una fachada que encubre las vergüenzas y egoísmos de lo que en realidad somos cuando nadie nos ve.

Existen dos frases que todos suscribimos y nadie se atrevería a discutir, como tácito pero siempre manifiesto reconocimiento de todo lo anterior. La primera de ellas afirma: *“nadie es perfecto”*. Y la segunda es muy similar: *“Errar es humano”*. Así es. Por mucho que nos esmeremos, la imperfección moral y los errores a la hora de tomar decisiones acertadas y justas son un rasgo universal presente en todos y cada uno de los seres humanos a lo largo de la historia, con una sola honrosa y gloriosa excepción, Jesucristo de Nazaret. Ese es el escándalo del mundo, que lo lleva a tropezar y caer siempre de un modo u otro y que confirma la declaración de Cristo en cuanto a que: *“... separados de mí no pueden*

*ustedes hacer nada*” (Juan 15:5). Por lo menos, nada verdaderamente consistente, auténtico y perdurable. Porque: *“En una palabra, Dios ha permitido que todos seamos rebeldes para tener compasión de todos”* (Romanos 11:32 BLPH).